KARL BÜHLER

TEORÍA DEL LENGUAJE

SEGUNDA EDICION

TRADUCCIÓN DE
JULIÁN MARÍAS

Revista de Occidente
Madrid

Scanned by CamScanner

KARL BÜHLER

TEORÍA DEL LENGUAJE

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
POR
JULIÁN MARÍAS

Segunda edición

Revista de Occidente
Bárbara de Braganza, 12
Madrid - 4

Scanned by CamScanner

PRÓLOGO

INSTRUMENTO *y lenguaje pertenecen, según es sabido de antiguo, a lo más humano del hombre: el* homo faber *utiliza cosas elegidas y transformadas como instrumento, y el* zoon politikón *introduce el lenguaje en el trato con sus semejantes. Es posible y se está realizando una interpretación más profunda de esta simple sabiduría, desde la antropología física y psicológica. En la serie de los cultivadores de la anatomía comparada fue Charles Bell, el genial fundador de nuestro conocimiento de la estructura del sistema nervioso central, el primero que remató y coronó su consideración comparativa de los órganos con una teoría fundada biológicamente de la expresión humana. De acuerdo con su estructura corporal entera, el hombre está destinado al instrumento y al lenguaje, organizado para el instrumento y el lenguaje. Bell escribió en los primeros decenios del siglo XIX, y la idea rectora de la antropología de Bell no está anticuada en modo alguno; en mi libro* Ausdruckstheorie *(«Teoría de la expresión») se recoge e interpreta nuevamente lo que vio Bell. Quien, más allá de esto, deja que influya en él la minuciosa discusión de las propiedades corporales peculiares del hombre incluídas en el libro de O. Abel* (1), *vuelve a la antigua sabiduría y puede forjar como psicólogo, sin demasiada fantasía, en conexión con el cuadro trazado por Abel de la vida de los antecesores animales del hombre, un mito moderno del origen del hombre en el instrumento y en el lenguaje. Un mito que en algunos puntos decisivos tendría que captar la esencia del lenguaje humano de un modo más correcto que como se hace en el libro, por lo demás instructivo, de De Laguna:* Speech. Its function and development. *Pero esto queda fuera de nuestro camino; quiero contar el mito moderno del origen del lenguaje, separadamente, en la* Zeitschrift für Psychologie. *Aquí, en este libro, la pregunta que hacemos al lenguaje no es: «¿de dónde vienes?», sino esta otra: «¿qué eres?».*

El lenguaje es afín al instrumento; también pertenece a los utensilios de

(1) O. Abel: *Die Stellung der Menschen im Rahmen der Wirbeltiere* (Gustav Fischer, Jena, 1931).

Scanned by CamScanner

la vida, es un órganon *como el utensilio real, la cosa intermedia material ajena al cuerpo; el lenguaje es, como el instrumento,* un intermediario forjado. *Unicamente, no son las cosas materiales las que reaccionan al intermediario lingüístico, sino los seres vivos con quienes tratamos. Una determinación circunspecta de las propiedades intermedias del utensilio lingüístico tiene que hacerse ante todo en el taller y con los recursos de los que lo conocen con más precisión. Los filólogos y lingüistas son los que tienen el conocimiento más íntimo de las lenguas humanas. En las páginas siguientes se examina la lengua en el taller de los lingüistas, en cuanto a las leyes de su estructura. Si los indicios no engañan, vamos hacia un nuevo brote de la investigación lingüística comparada, hacia una fase de* comparación universal *de las lenguas humanas, en la cual, sobre una plataforma superior, ha de realizarse lo que ya barruntaban Wilhelm von Humboldt y sus contemporáneos.*

La primera palabra de una consideración total es la de la igualdad esencial de estructura *de todas las lenguas humanas conocidas y estudiadas: el singular «la lengua» tiene perfecto sentido y es comprobable. Formulamos cuatro tesis rectoras sobre el lenguaje, que son válidas para todas las lenguas. A mi parecer, deberían ser no sólo suficientemente amplias, sino suficientemente precisas, y fijar un marco de igualdad dentro del cual pudieran inscribirse sistemáticamente todas las diferencias reales. Esta es la creencia y la esperanza que pongo en este libro.*

Me urge reconocer que todo lo decisivo que ha de decirse estaba preparado en la obra de los grandes lingüistas. Empezando por el campo mostrativo *del lenguaje, que conocieron los primeros griegos y redescubrieron modernos, como Wegener, Brugmann, Gardiner, hasta llegar a todas las finuras del* campo simbólico, *que siempre estuvo en el centro del análisis gramatical y ha sido expuesto de un modo diáfano por los historiadores modernos en todas las ramas del indogermánico. Valen para mi libro, en mayor grado que para otros, las palabras del* Tasso: «*Sólo lo tengo gracias a vosotros*». *Ciertamente, la formulación de las tesis tuvo que generalizarse y simplificarse en la mayoría de los pasajes, no pocas veces tuvo también que hallarse de nuevo; esto es lo que el libro reclama para sí y de donde deriva su derecho a la existencia. El* concepto de campo, *que presenta, es una creación de la psicología moderna; el lector que quiera comprenderlo desde dentro, persiga su génesis en la teoría de los colores, a propósito del fenómeno del contraste. Ahí distinguían discípulos de Hering el «campo interior» y el «entorno». Nosotros, siguiendo totalmente su camino, determinaremos sistemáticamente los entornos de los signos lingüísticos, y pondremos de relieve con pureza lógica, desde las más amplias esferas de las circunstancias que codeterminan el sentido de la lengua, dondequiera que se habla, el campo mostrativo y el*

Scanned by CamScanner

campo simbólico del lenguaje. Que no hay sólo un campo en el lenguaje, sino dos campos, es una doctrina nueva. Pero está, a mi parecer, en la mejor armonía con una antigua evidencia de los filósofos. Comprueba en la esfera del lenguaje el principio de Kant, que los conceptos sin intuiciones son vacíos, y las intuiciones sin conceptos son ciegos; muestra cómo el pensamiento verbal moviliza a la vez, en un entrelazamiento curioso, pero discernible, los dos factores mencionados, que pertenecen al conocimiento completo. Lo que Cassirer describe (al menos en el esquema expositivo) como las dos fases evolutivas del lenguaje humano, es una dualidad de momentos, que está contenida sin posible eliminación en todo fenómeno lingüístico, y pertenece aun hoy, como siempre, al conjunto del lenguaje. Así ocurre, al menos, en la esfera principal del habla natural, cuando se considera como un caso límite, adecuadamente, y no como la norma, el caso límite de frases como las que forma la lógica pura y el caso límite de una lengua simbólica «purificada» artificialmente de toda intuición. Acerca de esto habrá que decir todavía muchas cosas. Por de pronto, la teoría de los dos campos *afirma que el mostrar y presentar intuitivo en varios modos pertenece a la esencia del lenguaje natural exactamente igual que la abstracción y la aprehensión conceptual del mundo, y no está más lejos de aquélla. Esta es la quintaesencia de la teoría del lenguaje desarrollada aquí.*

No persigue las cuestiones filosóficas que se plantean en su comienzo y son presentadas por ella nuevamente, más que lo que el tema requiere. Sé que también se puede proceder de otro modo en las cuestiones decisivas de la teoría del conocimiento; los escolásticos intentaron con frecuencia decidir sus alternativas ontológicas en los fenómenos lingüísticos. No es de nuestra incumbencia hacer uso de la palabra para eso; pero sí pertenece a la idea de una sencilla descripción de los fenómenos lingüísticos el que pueda defenderse en su propio nombre siempre que surja un abuso, siempre que se quiera forzar a los fenómenos a una declaración que no están en situación de ofrecer por sí mismos. El ejemplo más sencillo y más conocido históricamente para explicar lo que pienso es una de aquellas desviaciones materiales *que pueden y deben ser rechazadas sumaria y sistemáticamente por la teoría del lenguaje. Es la desviación material del nominalismo radical, que eliminamos en muchos lugares en nombre de los fenómenos mismos. No es un asunto importante. Más seria tendrá que resultar, a mi parecer, la discusión con la teoría del lenguaje bosquejada en los escritos de Husserl. En mi trabajo sobre la frase he criticado el punto de vista de Husserl en las* Investigaciones lógicas (2). *Esto fue en 1919, por tanto, antes de la elaboración de la doctrina de Husserl*

(2) Trad. esp. de M. G. Morente y J. Gaos (*Revista de Occidente*, 1929).—(*Nota del Trad.*)

Scanned by CamScanner

en la Transzendentale Logik. *Reconozco en el libro siguiente el progreso que aporta la construcción de un mundo de mónadas en los nuevos escritos de Husserl. Pero tengo que insistir en que el modelo de* órganon *que es el lenguaje requiere todavía algo más. La gramática, tal como se la construye desde hace dos mil años, presupone una especie de intersubjetividad del utensilio lingüístico, que ningún Diógenes en el tonel ni ningún monádico puede lograr. Y no existe para la gramática el más ligero motivo para abandonar el camino que le prescriben las cosas mismas; Platón, J. St. Mill y la logística moderna están en este punto de parte del análisis usual del lenguaje. Este mismo libro explicará por qué lo tengo por acertado e imprescindible.*

Un profeta a la derecha, un profeta a la izquierda, el Niño Jesús en medio. La teoría del lenguaje tiene que ser como el Niño, es decir, la simple cima de la labor empírica de los lingüistas. Si la filosofía es el profeta de la derecha, de quien se defiende siempre que amenaza el peligro de un epistemologismo, *esto es, la adscripción forzada del lenguaje a una de las posiciones fundamentales posibles de la teoría del conocimiento, puede exigir al profeta de la izquierda el mismo respeto de su independencia. La psicología es el profeta de la izquierda. Qué tienen que ofrecerse recíprocamente la ciencia del lenguaje y la doctrina del alma, después de la reorganización doméstica de la psicología, se estudia en mi libro* Die Krise der Psychologie *(«La crisis de la psicología»). Baste decir brevemente aquí, en este nuevo prólogo, que el hecho del intercambio de signos en el hombre y en los animales se ha convertido en un tema central de la psicología comparada. Su tratamiento adecuado lleva mucho más allá de lo más humano del hombre, el lenguaje. Pues no hay vida común animal sin medios de dirección de la conducta social de la comunidad; no hay comunidad sin* intercambio de signos, *que en el reino de los seres vivos animales es tan antiguo como el* intercambio de materiales. *Y estos medios de dirección, que podemos observar exactamente, son el análogo prehumano del lenguaje. Se puede determinar con ejemplar claridad aquello en que pienso en la vida de comunidad de los insectos, sumamente desarrollada. Sólo es menester para ello cotejar adecuadamente las dos direcciones más fructíferas de la investigación, por ejemplo, el libro de Wheeler:* Social life among the insects, *y el libro de K. von Frisch sobre* Die Sprache der Bienen. *En el centro del primero está el intercambio de materias y el fenómeno de la* trofalaxis, *de los auxilios nutritivos recíprocos; en el centro del segundo, el intercambio de signos. Un intercambio de materias muy organizado entre los miembros de una comunidad vital animal no sería posible en absoluto sin intercambio de signos. Hasta ahí tiene que remontarse una teoría del lenguaje bien fundada biológicamente y luego realizar todavía una última ampliación de su horizonte.*

Scanned by CamScanner

Esta última ampliación del horizonte se efectúa mediante el nuevo conocimiento de la psicología comparada: que absolutamente toda acción animal y humana que merezca ese nombre es dirigida por señales. No es una palabra vana, sino la fórmula más sencilla y clara del notable descubrimiento de Jennings, si decimos que ya los infusorios en el minúsculo campo de su sistema de acción determinable con exactitud, después de un breve proceso de aprendizaje, reaccionan a estímulos perturbadores como a señales y «actúan» inmediatamente con éxito sin nuevas pruebas. Este es el estadio más primitivo que conocemos de la señal. Y también son señales en el engranaje del tráfico social los sonidos del lenguaje humano. De esto se hablará detenidamente.

Hasta aquí hay que extender, por tanto, la consideración para hallar las raíces biológicas del intercambio de signos animal. Las señales producidas en la vida común de los animales no nos aparecen ya, por consiguiente, como una extraña excrecencia insólita, sino como la más elevada y rica actualización y despliegue de potencias que todo sistema psicofísico de vivientes activos contiene de un modo comprobable. El concepto «sistema psicofísico» no puede definirse sin la nota de responder a señales.

El que ha reconocido esto no debe cegarse acerca de ello, sino permanecer alerta para las propiedades peculiares del lenguaje humano. Piense de paso, por ejemplo, en el intercambio de signos que se realiza entre nosotros los hombres y nuestro familiar compañero doméstico, el perro. ¿Es eso lenguaje? Lo que el canis domesticus «entiende» en las orientaciones que le son ofrecidas por el compañero humano y lo que él por su parte produce para dirigir a su amo, pertenece incuestionablemente a lo más elevado y diferenciado que conocemos en el animal. Los entendidos no han dudado nunca de que los ladridos y el resto del comportamiento del perro en su trato contienen una expresión llena de matices. A pesar de ello, el sistema psicofísico del perro no aprehende el lenguaje humano en su plenitud, y él no produce por sí mismo nada completamente equivalente al lenguaje.

Pues ninguna de las cuatro tesis rectoras sobre el lenguaje del hombre, que se formulan en este libro, se realiza plenamente en el «lenguaje» del perro. ¿Por qué? Porque el comportamiento en el trato del perro, como de todos los demás animales que conocemos, carece de la función dominante de los signos lingüísticos humanos, a saber: de la función representativa. Si esto es una falta absoluta o si sólo salta a los ojos como enorme diferencia de grado, quede en pie hasta ver el resultado de investigaciones exactas. Pues por extraño que pueda sonar esto, no hay acerca de ello en toda la psicología animal investigaciones exactas que satisfagan las exigencias modernas. También faltaba hasta ahora, ciertamente, una formulación de las leyes estructurales del lenguaje humano que hubiese sido tan aguda y precisa, que el experimento animal

Scanned by CamScanner

hubiera podido encontrar en ellas apoyo y norma. Se ha dado, pues, un nuevo impulso a toda la psicología comparada si se logra comprender la peculiaridad del lenguaje humano de modo que las comparaciones entre el intercambio de signos humanos y el animal se sustraigan a un juicio desde el fondo del ánimo.

Los menos de los cultivadores actuales de la psicología animal tienen un conocimiento suficiente del instrumento asombrosamente complejo que es el lenguaje humano. El mejor curso que se les podría recomendar no habría de cursarse en el laboratorio de psicología normal, sino con los conocedores íntimos de los defectos lingüísticos y las alteraciones centrales del lenguaje en el hombre. Yo mismo, como médico que era, partí de este campo; era todavía antes del giro decisivo que la teoría de la afasia debe a la intervención de investigadores como Head, Gelb y Goldstein, Isserlin, Poetzl, etc. Hoy una de mis esperanzas es que se logre poner la quintaesencia del análisis lingüístico del lenguaje en contacto recíprocamente fecundo con los resultados de la consideración de aquel análisis de otro tipo, de aquella implacable descomposición real de la facultad humana de hablar, que estudian los patólogos. Fue por de pronto el imperativo de una pureza metódica del procedimiento, y no otra cosa, lo que me indujo a prescindir en este libro de una referencia a la moderna teoría de la afasia. Motivos análogos se oponían al intento de una utilización sistemática de las evidencias acerca de la estructura del lenguaje que debemos al estudio de los niños. Yo mismo he colaborado en esto y sé que después de la primera recolección de los investigadores anteriores se anuncia la verdadera cosecha a los que lleven a cabo la inclusión exacta y reproducible de las manifestaciones infantiles en las fases decisivas de su historia evolutiva.

Hoy hay muy viva actividad en la teoría del lenguaje; al acabar este libro aparecen importantes tratados de teoría del lenguaje de los últimos meses, sobre los cuales quiero hacer una reseña en otro lugar. Existe, por ejemplo, un valioso manual de J. Stenzel, Filosofía del lenguaje (3), en el nuevo Handbuch der Philosophie (1934), que he de reseñar en Anthropos, y antes que todos los demás, el vasto bosquejo de L. Weisgerber, Die Stellung der Sprache im Aufbau der Gesamtkultur (Wörter und Sachen, la 2.ª parte en el vol XVI, 1934) sobre el cual los Kantstudien me pidieron una recensión detallada. Tiene ya un año el instructivo libro de E. Winkler: Sprachtheoretische Studien (1933). Igualmente puedo citar también la nueva interpretación, crítica y complemento de las ideas de Marty en la obra de L. Landgrebe Nennfunktion und Wortebedeutung (1934), un trabajo competente, a mi entender. Merece observarse en ella que la tesis D de nuestra lista, que atribuye al lenguaje el carácter de un sistema

(3) Trad. esp. de R. de la Serna (*Revista de Occidente*, 1935).—(*Nota del Trad.*)

Scanned by CamScanner

de dos clases, se reconoce y aprecia como corresponde a la realidad. El dogma del léxico y la sintaxis, que he comunicado por primera vez a mis colegas el Día del Lenguaje en Hamburgo (XII Congr. de Psic., 1931), es reconocido hoy generalmente, a mi ver, y ha rehabilitado la antigua concepción, frente a la fórmula monista de los contemporáneos de Wundt y de Brugmann sobre la frase como única unidad fundamental del lenguaje; en este libro defenderemos aquélla detalladamente. Quisiera mencionar aún de paso dos volúmenes colectivos más recientes, en los cuales se manifiesta la vivacidad y multitud de los estudios de teoría del lenguaje en nuestros días. Uno se ha publicado en el cuarto año de las Blätter für deutsche Philosophie, en 1930, y el otro en el Journal de Psychologie, de París, en 1933. En ambas colecciones hablan, tal como yo lo presentía en la preparación del Día del Lenguaje de los psicólogos en Hamburgo, técnicos de distintas Facultades, y se reconoce claramente en lo que tienen que decir la germinación de una teoría del lenguaje unitaria. Uno de los fines últimos de este libro es mostrar que la patria científica de ella es la semantología y cómo puede realizarse una teoría general del signo con un espíritu moderno en torno al instrumento de signos, de asombrosa multiplicidad, que es el «lenguaje».

Si desde su conclusión vuelvo el pensamiento a los comienzos, me parece que el sistema fue fundado en 1907, después del descubrimiento de los «esquemas sintácticos» en el pensamiento hablado (v. § 16), y en 1908, después de poner de relieve la función representativa del lenguaje en mi recensión de conjunto sobre los procesos de comprensión (III Congr. de Psic.). Pero todavía se descuidaba (por oposición al sensualismo de los psicólogos de aquella época) el factor intuitivo del mostrar. En Munich estuve junto a Streitberg, y cuando una vez le hablé detenidamente de mis ideas sobre el problema de la frase para los lingüistas, captó lo decisivo con la asombrosa seguridad de la mirada experta en el asunto y me pidió un artículo para su Indogermanisches Jahrbuch; así surgió en 1918 la Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes («Examen crítico de las teorías modernas de la frase») y el bosquejo de todo el modelo de órganon del lenguaje. Todas mis publicaciones anteriores sobre el lenguaje fueron como éstas escritos circunstanciales; por ejemplo, la contribución al Homenaje a Vossler (Neofilología idealista): Wom Wesen der Syntax («Sobre la esencia de la sintaxis»), que contiene el primer esbozo del axioma D acerca del sistema de dos clases de «lenguaje», y la contribución al Homenaje a J. von Kries en las Psychologische Forschungen, en la cual se formuló, todavía a tientas, un primer barrunto del «principio de la relevancia abstractiva». De la Crisis y del Día del Lenguaje de Hamburgo ya se ha hablado; Dempe, en la primera parte de su libro —escrito con claridad— Was ist Sprache?, ha informado exhaustivamente sobre el

Scanned by CamScanner

estado de las cosas hasta entonces. Hoy respondería yo a la pregunta de su título así: lenguaje es lo que cumple las cuatro tesis rectoras. La defensa de Husserl por Dempe podría ser contestada suficientemente por mi crítica en su nueva formulación. Una discusión conclusa de las cuatro tesis sobre el lenguaje presenta en 1933 Die Axiomatik der Sprachwissenschaften *(«La axiomática de las ciencias del lenguaje») en el volumen XXXVII de los* Kantstudien. *Para el libro la he circunscrito, ordenado de nuevo y formulado de un modo más prospectivo, es decir, en previsión de los capítulos finales; además, la dicotomía «acción verbal y forma lingüística» se ha ampliado hasta convertirse en el esquema más rico de cuatro campos de la tesis C. Basta ya sobre la génesis de este libro; desde que fui capaz de pensar científicamente, mis intereses giran en torno al fenómeno del lenguaje.*

Un creador científico está obligado por lo regular a la mayor gratitud para los que ya no pueden recibirla en vida. Pero rara vez podría ocurrir, como hoy en la teoría del lenguaje, que a la pregunta «¿quién es tu antecesor inmediato?» hay que saltar siglos; la nueva teoría del lenguaje que se está haciendo se ve obligada a remontarse en más de un punto a aquella fase de la filosofía en que el fenómeno lenguaje estaba en el centro de la imagen del mundo. El problema de teoría del lenguaje acerca de los universales ha de recogerse, en mi opinión, con medios modernos allí donde fue abandonado (como las numerosas catedrales inacabadas) sin resolver por la energía desfalleciente de la especulación escolástica. La historia del concepto de símbolo nos lleva aún mucho más atrás y descubre en la concepción aristotélica un funesto acoplamiento (synkhísis) *de dos ideas. Los sonidos del lenguaje son ciertamente signos de ordenación y señales a la vez y en el mismo aliento. Pero como signos de ordenación no reproducen el mundo de que se habla como lo imaginaba la concepción antigua del conocimiento. Aristóteles ha juntado en su fórmula simbólica (§ 12, 3), de un modo demasiado simple, la función de notificación y representación de los signos lingüísticos, y la Escolástica no fué capaz, que yo sepa, de separar adecuadamente y con bastante precisión la* connexio rerum *en que se funda en declarar, del* ordo rerum *de los signos lingüísticos denominativos. Vistas las cosas desde otro punto y orientadas hacia la pura teoría del lenguaje: se perdió en el concepto de los filósofos la distinción, completamente correcta, que efectuó la gramática en la hora de su nacimiento entre los griegos, entre* deixis *y aprehensión denominativa, conceptual. La nueva teoría del lenguaje tiene que cancelar ambos errores y volver a tomar las propiedades medias del utensilio lingüístico, sin perjuicios, en toda su multiplicidad. Tiene que rehabilitarse el campo mostrativo junto al campo simbólico, y la* expresión, *por su propia estructura, ha de desligarse de la función de representación de los signos lingüísticos. Lo primero, según espero, se lleva a cabo en este libro;*

Scanned by CamScanner

para lo segundo será menester un nuevo libro sobre la «expresión en la voz y en el lenguaje».

Es para mí una profunda necesidad dar gracias a mis colaboradores. Como el libro se basa en amplios estudios lingüísticos, no hubiera podido escribirlo sin colaboradores expertos. Mi ayudante, doctor Bruno Sonneck, ha cooperado con su ayuda a todas las fases de su elaboración, y ha conseguido aquí y allá la contribución de muchos de sus amigos, jóvenes dedicados a la lingüística comparada; el doctor Locker, por ejemplo, trabajó con él en la comprobación de una nueva clase de palabras, los prodemostrativos. Recuerdo también con gratitud las instructivas discusiones en unión con mi colega del verano de 1932, en que el profesor Kurylowincz estudió durante un semestre en nuestro círculo. La doctora Käthe Wolf ha dirigido los renovados y extensos estudios sobre Husserl, y a su vigilancia especial están confiadas también las investigaciones sobre la expresión, que nos ocupan en nuestro Instituto desde hace algunos años. De un estudio absolutamente independiente, que pertenece a aquéllas, pude tomar la reproducción oscilográfica de una sílaba pronunciada, que da la lámina incluída; el doctor Brenner ha iniciado con esta investigación un camino que siguen de manera semejante Gemelli y Pastori y al que deben notables resultados. (Análisis eléctrico del lenguaje, II, Ps. Forsch, 18 (1933). Junto al análisis de la formación fonética de palabras y frases, han resultado ya visibles, en parte, en el trabajo de Gemelli y Pastori también aquellos «individualismos fonéticos» (12, 5) que más nos interesan en el análisis de Brenner desde el punto de vista de la teoría de la expresión.

No faltan en mi círculo lógicos del lenguaje: mi colega Brunswik, el doctor E. Frenkel y el profesor Neumann han contribuído con su ayuda, con su activo interés habitual, a la formulación definitiva de los principios de este libro. También tuvimos por dos veces entre nosotros durante un semestre a mi colega Eino Kaila, que se dedicó con profundo interés a mi teoría del lenguaje y participó en la crítica de los principios, cuando pude exponerlos por vez primera a un pequeño círculo escogido. El profesor E. Tolman nos dio a conocer el año pasado sus experimentos de psicología animal, que lo llevaron en la cuestión de las señales a las mismas ideas fundamentales que se exponen en la Crisis *y aquí. También le estoy obligado a perdurable gratitud. Una joven cultivadora de la filología inglesa, la doctora L. Perutz, me ha ayudado con infatigable y competente celo en el examen de la voluminosa bibliografía lingüística para los temas de la sección IV, y finalmente ha compuesto con K. Wolf y B. Sonneck el índice. A todos juntos quedo ligado por una cordial gratitud.*

Scanned by CamScanner

§ 2. El modelo de «órganon» propio del lenguaje (A).

Formas de aparición del fenómeno lingüístico concreto

El fenómeno verbal tiene múltiples causas (o motivos) y lugares en la vida del hombre. No abandona completamente al solitario en el desierto o al que sueña dormido, pero enmudece de vez en cuando, tanto en momentos indiferentes como decisivos. Y, por cierto, no sólo en el que reflexiona en soledad y en el que crea sin palabras, sino muchas veces en medio del curso de un acontecer entre tú y yo o en la asociación del nosotros, en que por lo demás se presenta normalmente. Equidistantes de la verdad de una ley están todas las reglas sumarias de los sabios que se ocupan de esta aparición, cambiante como el tiempo, del habla humana. «Si habla el alma, ya no habla, ¡ay!, el alma»; igualmente se oye decir: la respuesta más profunda de la conciencia interrogada es el silencio. En cambio, otros sostienen que hablar y ser hombre viene a ser lo mismo, o que el modo de expresión del lenguaje (más exactamente, de la lengua materna) es el medio en que se nos da y puede manifestarse únicamente el mundo exterior y el mundo interior; por lo menos, pensar y hablar han de ser lo mismo, a saber: *logos*, y el pensamiento mudo, sólo un hablar que no se puede oír.

No buscamos al principio ningún conflicto con los sabios, sino un modelo del fenómeno verbal concreto y acabado, junto con las cir-cunstancias vitales en las que se presenta por lo regular. Creo que fue una buena presa de Platón la indicación que hace en el *Cratilo* de que el lenguaje es un *organum* para comunicar uno a otro algo sobre las cosas. Que se dan tales comunicaciones no es cuestión, y la ventaja de partir de ellas consiste en que todos los demás casos o la mayoría de ellos pueden obtenerse de ese caso principal por *reducción*, pues la comunicación verbal es la manifestación más rica en relaciones

Scanned by CamScanner

fundamentales del fenómeno verbal concreto. La enumeración *uno —a otro— sobre las cosas* designa nada menos que tres fundamentos de relaciones. Trácese un esquema en una hoja de papel, tres puntos agrupados como para formar un triángulo, un cuarto en el centro, y empiécese a reflexionar sobre lo que ese esquema puede simbolizar. El cuarto punto en el centro simboliza el fenómeno perceptible por los sentidos, habitualmente acústico, que evidentemente tiene que estar en *alguna* relación, sea directa o mediata, con los tres fundamentos de los ángulos. Trazamos líneas de puntos desde el centro hasta los ángulos de nuestro esquema y meditamos en lo que simbolizan esas líneas de puntos.

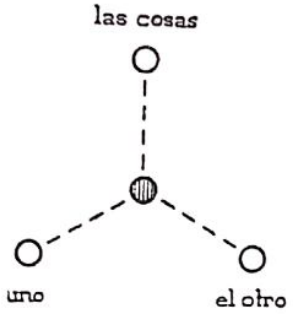

FIG 1.

1. *Consideraciones causales insuficientes de los especialistas.*

Lo primero que se le ocurre hoy al que interpreta sin prejuicios esa figura de puntos y líneas es una *consideración causal* directa. «Uno» produce el fenómeno sonoro y éste actúa sobre el «otro» como estímulo; es, pues, *effectus* y *efficiens*. Para dar también sentido a la tercera línea de puntos se puede proceder de distinto modo. Lo más sencillo es interpretarla como una conexión causal compleja, producida por fundamentos intermedios, de acontecimientos en torno al hablar. Supongamos que la producción del fenómeno acústico sea provocada en el que habla por un estímulo sensible temporalmente anterior, que procede de una cosa del campo perceptivo, y que la audición del fenómeno acústico verbal estimule al oyente a volver los ojos hacia la misma cosa. Así, por ejemplo: Dos hombres en una habitación —uno advierte un repiqueteo, mira a la ventana, y dice: *está lloviendo*—; también el otro mira hacia allí, ya sea llevado a ello direc-

Scanned by CamScanner

tamente por la audición de las palabras o por la mirada hacia el que habla (3). Esto ocurre, y con ello se cierra el círculo del modo más perfecto. Si se quiere, se puede dejar ahora continuar el acontecer en el círculo así cerrado como en un tornillo sin fin. Si la cosa o el fenómeno tienen suficiente riqueza para provocar nuevas excitaciones que recibe alternativamente uno u otro de los interlocutores, si el suceso interesa intensamente a los dos (como suele decirse de un modo expresivo), se explayarán un rato en forma de diálogo mientras examinan y discuten la cosa o el asunto.

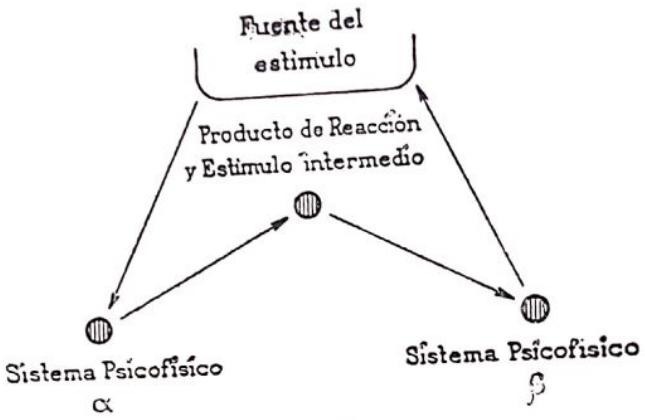

FIG. 2.

Si ahora volvemos de nuevo la atención del ejempo ilustrativo al modelo, habría que precisar la cadena causal de la comunicación primaria mediante sonidos, aun fundada en la percepción, en el esquema de la figura 2. ¿Qué dice la teoría del lenguaje acerca de esto? Una consideración causal, una consideración causal *cualquiera*, es tan inevitable en el marco total del análisis lingüístico de los procesos

(3) Este ejemplo de la lluvia se discute en el interesante libro de Alan Gardiner, *The theory of speech and language*, 1932. Aseguro con gusto al ilustre autor que lo he discutido en el encerado, a propósito del esquema de los tres fundamentos, en 1931, en Londres, sin saber que él lo había apuntado ya diez años antes. Tal vez el clima de Londres sea responsable de la uniformidad de la elección de ejemplo. El esquema mismo de los tres fundamentos no es de ninguno de nosotros dos, sino que fue concebido por primera vez por Platón, en la medida en que un lógico podría inferirlo de la conjetura platónica. Cuando lo hice en 1918, en el ensayo *Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes* (Indog. Jahrbuch, 6), no pensaba tampoco en Platón, sino, como Gardiner, en la cosa, y veía ante mí el modelo. Los títulos de mis dos conferencias en el University College de Londres fueron: 1. *Structure of language;* 2. *Psychology of speech*. En relación con ellas tuve con Gardiner aquellas penetrantes discusiones, citadas por él, que nos revelaron a los dos que él desde el egipcio y yo desde el alemán juzgábamos de un modo coincidente «el» lenguaje de los hombres.

Scanned by CamScanner

verbales concretos como, por ejemplo, en la reconstrucción de un delito. El juez, en el proceso criminal, no sólo tiene que determinar el hecho como ese delito, sino también al acusado como autor para condenarlo. La atribución del hecho sin la idea de causalidad en alguna forma sería (vista la cosa de un modo puramente lógico) una empresa sin sentido. Pero el pensar hasta el fin la idea de causalidad tropieza en la esfera del derecho con dificultades bien conocidas. Yo afirmo que también tropieza con dificultades de la misma índole la representación demasiado primitiva de la antigua psicofísica acerca del «ciclo del hablar» (De Saussure); son, a su vez, las mismas que se manifiestan de un modo general en el campo central de la psicología. Hoy empezamos a adivinar dónde está el error: los sistemas α y β de la cadena funcionan como estaciones de amplia autonomía. La recepción del estímulo se parece, aun en el caso más sencillo, a un auténtico «aviso», y la propia emisión es siempre una «acción».

El programa de investigación que el robusto behaviorismo empezó a poner en práctica con empuje juvenil, primero con animales y con el lactante humano, contenía aún la antigua fórmula e intentaba resolver en reflejos el proceso total; pero hoy se está produciendo un cambio en toda la línea. Voy a formular aquí una única tesis acerca de esto, que basta para justificar abundantemente, también desde este punto de vista, nuestra exigencia de buscar la *verdadera faz* de las cosas. Lo mismo si se consultan las obras iniciales del behaviorismo americano —las mejores en mi opinión— de Jennings y Thorndike, o el modernísimo resumen de Ichlonski sobre los resultados de los rusos en torno a Pavlov y Bechterev, o la teoría del lenguaje, realizada desde el punto de vista behaviorista, de la filósofa G. A. de Laguna, salta inmediatamente a la vista del que no ha perdido la visión del *auténtico* problema que los investigadores, desde el principio y hasta hoy, estaban obligados por la cosa misma a *la* desviación decisiva del programa.

Ni podían ni pueden avanzar sin un concepto fundamental *sematológico* en su cálculo, sin el concepto de la señal. Fue introducido con pureza teórica por Jennings en la forma de los «estímulos representativos» (nuestro *aliquid stat pro aliquo*, sobre el cual se da cuenta en B); reaparece en Ichlonsky, expresado en una consideración del como si, y está contenido desde el principio y originariamente en la concepción de De Laguna. Y este auténtico

Scanned by CamScanner

concepto de signo tiene un puesto lógico en el programa de los behavioristas, no en cualquier punto de la periferia de lo investigado, sino completamente en el centro, de suerte que pertenece de hecho o debe pertenecer, por ejemplo, al inventario de todo teórico que quiera hacer comprensibles los hechos del aprendizaje animal. Pues donde no aparece resulta visible un hueco o un salto en el lugar en que tendría que estar. Todo el atasco de la teoría behaviorista, su fragmentación en más de los siete colores del iris en el *proceso de aprendizaje*, acerca del cual están llenos los libros y revistas de los psicólogos americanos, acaso hubiera podido predecirse una sematología perspicaz. Pero en todo caso, desde aquí es posible la profecía más cómoda *post festum* y aun algo más, a saber: una ordenación lógica clara de las diferencias de opinión acerca del proceso de aprendizaje. Lo que digo tiene que quedar de momento sin justificantes detallados; la teoría del lenguaje tiene que contener un capítulo especial sobre la función de señal del lenguaje, y aquél es el lugar de entrar en particularidades. Allí habrá que mostrar también que en el seno de la biología misma ha surgido, como una especie de antítesis hegeliana del bahaviorismo mecanicista, el intento de Uexküll, que está previamente orientado sematológicamente en sus conceptos fundamentales «signo de advertencia» y «signo de actuación». El profundo cambio de que hablo se realiza con pureza paradigmática en la notable obra de E. C. Tolman *Purposive behavior* (1932).

Lo impreso en letra pequeña, tal como queda expuesto, carece de actualidad para los lingüistas europeos, y hubiera podido omitirse; pero es menester mencionar en su lugar sistemático el ensayo más consecuente del pensamiento moderno sobre el tema y anotar las dificultades en que provisionalmente se atascó. Su precursor en la psicología y la lingüística de fines del siglo XIX no es más que un niño inconsecuente y balbuciente en comparación con el programa del behaviorismo fisicista, que ha renovado en forma moderna el nominalismo del *flatus vocis*, del comienzo de la Edad Media. El argumento más sencillo y verdaderamente contundente de un lingüista contra él lo ofrece, por ejemplo, la situación de la fonología. Los sistemas psicológicos de los interlocutores producen y elaboran de hecho los *flatus vocis* de un modo completamente distinto de lo que supone la antigua fórmula, demasiado simple. Los sistemas psico-

Scanned by CamScanner

físicos son *selectores* en cuanto receptores, y actúan según el principio de la relevancia abstractiva, acerca del cual dará explicaciones el axioma B, y los sistemas psicofísicos son *estaciones de formación* en cuanto emisores. Ambas cosas pertenecen a la organización del intercambio de señales.

2. *Nuevo modelo; las tres funciones de sentido de los fenómenos lingüísticos.*

Respetamos estos hechos y dibujamos por segunda vez el modelo de *órganon* que es el lenguaje en la figura 3.

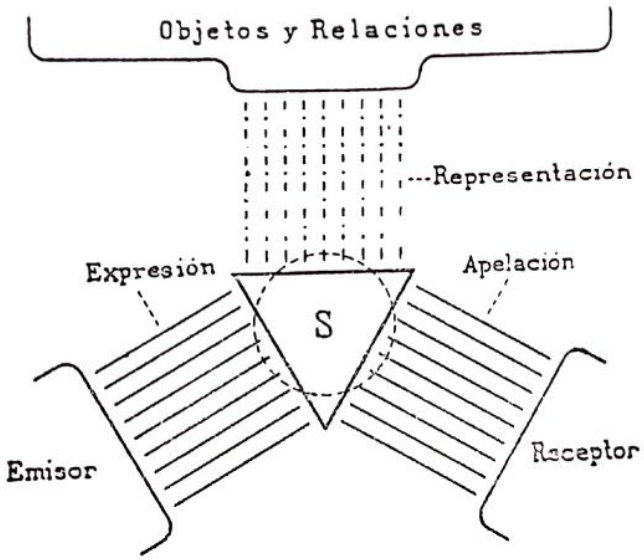

FIG. 3.

El círculo del centro simboliza el fenómeno acústico concreto. Tres momentos variables en él están llamados a elevarlo por tres veces distintas a la categoría de signo. Los lados del triángulo inserto simbolizan esos tres momentos. El triángulo comprende en un aspecto menos que el círculo (principio de la relevancia abstractiva). En otro sentido, a su vez, abarca más que el círculo, para indicar que lo dado de un modo sensible experimenta siempre un complemento aperceptivo. Los grupos de líneas simbolizan las funciones semánticas del signo lingüístico (complejo). Es *símbolo* en virtud de su ordenación a objetos y relaciones; *síntoma* (indicio), en virtud de su dependencia del emisor, cuya interioridad expresa, y *señal* en virtud de su apelación

Scanned by CamScanner

al oyente, cuya conducta externa o interna dirige como otros signos de tráfico.

Este modelo de *órganon*, con sus tres referencias de sentido variables con amplia independencia, está completo por primera vez, tal como hay que realizarlo, en mi trabajo sobre la frase (1918), que empieza con estas palabras: «Triple es la función del lenguaje humano: manifestación, repercusión y representación». Hoy prefiero los términos: *expresión*, *apelación* y *representación*, porque «expresión» adquiere cada vez más en el círculo de los teóricos del lenguaje la significación precisa exigida aquí, y porque la palabra latina *appellare* (inglés, *appeal;* alemán, *ansprechen)* es acertada para lo segundo; hay, como hoy sabe todo el mundo, un *sex-appeal*, junto al cual el *speech appeal* me parece un hecho igualmente tangible.

Pero en todo caso, el que ha llegado al conocimiento de la naturaleza de signo del lenguaje tiene que procurar la homogeneidad de sus conceptos; los tres conceptos fundamentales tienen que ser conceptos *semánticos*. Es instructivo darse cuenta en la fonética de por qué y cómo ha de evitarse un *cocktail* de conceptos. Después del progreso que ha traído la fonología, habrá que considerar siempre en el futuro, respecto al simple término «fonema», por el contexto o mediante un calificativo, si lo mentado ha de ser un signo fonético, una señal fonética, es decir, una unidad determinada del sistema de fonemas de una determinada lengua, o algo perteneciente al contenido de la fonética. Pues ahora sabemos que un fonema en singular puede «realizarse» de un modo fonéticamente distinto en *dos lugares de la misma* lengua en que aparece, y una materia fonética en singular, que aparece *en dos lenguas distintas*, puede «apreciarse» de un modo fonológicamente distinto. Aquello, por tanto (dicho una vez más), en el dominio de la misma lengua; esto, en el dominio de lenguas distintas. Una mezcla de conceptos que pertenecen en parte a la consideración causal (física), y en parte a la consideración como signos, tendría que confundir de un modo tan profundo la interpretación simbólica de nuestro esquema de tres fundamentos, que nadie podría entenderse ya bien y surgirían meros pseudoproblemas. La consigna «¡marchar separados!» pertenece al supuesto obvio de la homogeneidad de conceptos que se quiere manejar sinópticamente en un modelo de relación. La consigna complementaria «¡y golpear juntos!» es un asunto que tiene que realizarse de otro modo en el seno de la ciencia. Y, ciertamente, según reglas lógicas perfectamente claras y explicables, acerca de las cuales se pueden lograr las primeras infor-

Scanned by CamScanner

maciones, de un modo igualmente ejemplar, a propósito de la relación entre la fonética y la fonología.

¿Qué significa, pues, los grupos de líneas del modelo de *órganon?* Platón sólo ha intentado interpretar *uno* de ellos, la relación fonema-cosa, y en el *Cratilo*, si bien se prepara en el diálogo cierto impulso hacia una nueva duda, se ha decidido, sin embargo, de un modo *preponderante*, por el νόμῳ o θέσει de su cuestión disyuntiva. Hay, pues, en aquel lugar del esquema, dicho en términos matemáticos modernos, una *ordenación* de los signos fonéticos a objetos y relaciones. El preámbulo histórico de esta ordenación es desconocido para el que habla hoy. La lingüística puede en muchos casos, ciertamente, perseguir y señalar la ordenación prodigiosamente lejos en el pasado; pero al fin se rompe el hilo en todas partes. Tanto los hablantes como los lingüistas reconocen esto: si «hoy» consideramos comparativamente el fonema y la cosa, no resulta ninguna «semejanza» entre ambos, ni siquiera sabemos en la mayoría de los casos si ha existido alguna vez y si por esa analogía se ha realizado originariamente la *ordenación*. Esto es todo, y en rigor ya más de lo que de momento necesitamos. Pues las ordenaciones «existen», si se atiende a la última agudeza conceptual, sea cualquiera su motivación, sólo *en virtud* de una convención (unificación en el sentido puramente lógico de la palabra) y *para* los contratantes (4). En una palabra, en la solución del *Cratilo* puede quedar en pie esto: los fonemas de una lengua están ordenados a las cosas y el léxico de una lengua interpretada científicamente resuelve la primera cuestión que se desprende de la respuesta del *Cratilo:* exponer los *nombres* (como allí se dice) de la lengua, sistemáticamente, con sus relaciones de ordenación a las «cosas». El hecho de que en un sistema de dos clases de los medios de representación del tipo del lenguaje pertenezcan también a las ordenaciones léxicas convenciones sintácticas, no hace sino ampliar el campo de las relaciones de ordenación que encontramos en él. Para

(4) El nombre cuco puede ser más o menos «parecido» al conocido grito que oímos en el bosque; pero esa semejanza misma no es más que el *motivo* de la ordenación fonema-cosa, sólo la cual hace nombre al nombre; nombre no del grito, sino del pájaro (al que, por cierto, los menos de los contratantes podrían haber percibido vivo en el bosque y simultáneamente con el grito). Falta mucho, lógicamente falta todo, para la ecuación semejanza = ordenación. Sólo es cierto que cada miembro de una comunidad lingüística podría, y de hecho puede, participar en la creación de nuevos nombres de un modo distinto y más sencillo, donde siempre se ha *convenido;* que la semejanza en general, cualquier semejanza, debe ser el *motivo de ordenación*. Pero la ordenación y el motivo de ordenación tienen que distinguirse lógicamente en todo caso.

Scanned by CamScanner

responder a ello, en el lugar del esquema en que ponía «las cosas», escribimos ahora la doble denominación: «*objetos y relaciones*».

3. *Expresión y apelación como variables independientes junto a la representación. Los tres libros sobre el lenguaje.*

Lo que sigue ahora es adecuado y está destinado a delimitar la *dominancia*, no discutida por nosotros, de la función representativa del lenguaje. *No* es verdad que todo aquello *para lo cual* el fonema es un fenómeno medio, un mediador entre el hablante y el oyente, quede comprendido en el concepto «las cosas» o en la pareja de conceptos, más adecuada, «objetos y relaciones». Sino que es verdad esto otro: que en la estructura de la situación verbal, tanto el emisor como autor del hecho del hablar, el emisor como *sujeto* de la acción verbal, como el receptor en cuanto interpelado, el receptor en cuanto *dirección* de la acción verbal, ocupan posiciones propias. No son simplemente una parte de aquello *acerca de lo cual* se produce la comunicación, sino que son las partes de ese intercambio, y por eso es posible en último término que el producto intermedio del fonema descubra una peculiar relación de signo respecto a uno y otro.

Interpretamos, pues, la relación *específica* del fonema perceptible con el hablante en el mismo sentido que nos es familiar en otros fenómenos de expresión. ¿Qué ocurre con la tercera relación? Sólo es la tercera en nuestra enumeración; pues *in natura rerum*, es decir, en el intercambio de signos de los hombres y de los animales, el analizador encuentra la apelación primero y del modo más exacto, a saber, en la *conducta* del receptor. Si en lugar de hombres se consideran abejas, hormigas, termes, y se estudian sus medios de comunicación, la atención del investigador se dirigirá primero y predominantemente a las reacciones del receptor. Hablo de *señales* como cultivador de la psicología animal y comprendo su valencia comunicativa en la conducta de los que las reciben y elaboran psicofísicamente. Tampoco descuidaremos este aspecto de la cuestión como teóricos del lenguaje humano. El análisis de los signos mostrativos, por ejemplo, nos descubrirá que hombres como Wegener y Brugmann estaban en el camino recto cuando describieron la función de los demostrativos y utilizaron de hecho para ello, si no la palabra, sí el concepto general «señales». Pues ocurre que los demostrativos en el caso límite (los demostrativos puros), según aparecen como partículas indeclinables no sólo

Scanned by CamScanner

en el indoeuropeo primitivo, sino hasta el día de hoy en nuestra lengua, y del modo más claro en su empleo *simpráctico*, funcionan exactamente igual que cualesquiera otras señales de trato entre los hombres o los animales. El teórico del lenguaje debe partir de los ejemplos más puros para definir el concepto de señales fonéticas lingüísticas. Con el concepto así definido investigará luego todo el lenguaje y encontrará que así se ve desde un nuevo punto de vista no algún detalle, sino también la totalidad.

Lo mismo vale, para decirlo pronto, para cada uno de los tres modos de consideración. Habría que sacar de la vida fenómenos verbales en los que resulta visible por vez primera que casi todo puede trazarse y prepararse sobre la sola función representativa de los signos lingüísticos; esto es seguramente válido del modo más manifiesto para el lenguaje científico y llega a un máximo en el sistema representativo de la logística moderna. ¿Qué le importan al lógico puro las valencias expresivas de los signos que traza con tiza sobre el encerado? No debe preocuparse de ello en absoluto; y sin embargo acaso un grafólogo experimentado se complacería en este y aquel rasgo o en el trazado de las líneas enteras, y no esforzaría en vano su arte de interpretación. Pues un resto de expresión se oculta aun en los rasgos de tiza que un lógico o un matemático traza en el encerado. No es menester, por tanto, llegar al lírico para descubrir la función expresiva como tal; solamente, el rendimiento será, por supuesto, más rico en el lírico. Y si es un lírico completamente arbitrario, con frecuencia escribe en su puerta que el lógico debe quedarse fuera. Esto es, a su vez, una de esas exageraciones que no hay que tomar en serio. Para lo *tercero*, para una función exacta de apelación, está preparado todo, por ejemplo, en el lenguaje de mando; para la apelación y la expresión en equilibrio, en las palabras de caricia o insulto. Tan verdad es esto, que esas palabras *designan* con frecuencia algo precioso y feo; así, como es notorio, las palabras de caricia más íntimas echan mano al menos muchas veces del otro cacharro; y el llamar a alguien «¡caballero!» puede ser una injuria. Un estudiante de Bonn, según cuenta la fama, hizo callar y llorar una vez en una porfía a la verdulera más insultante, sólo con los nombres de los alfabetos griego y hebreo («¡So alfa», «So beta!»...). Una historia psicológicamente creíble, porque en el insulto, como en la música, casi todo depende del «tono».

Sin embargo, para subrayarlo una vez más, éstos no son más que fenómenos de dominancia, en los que alternativamente ocupa el primer

Scanned by CamScanner

plano una de las tres referencias fundamentales de los fonemas. La comprobación científica decisiva de nuestra fórmula de constitución, del modelo de *órganon* del lenguaje, se consigue cuando se pone de manifiesto que cada una de las tres relaciones, cada una de las tres funciones de sentido de los signos lingüísticos inaugura y tematiza un campo propio de fenómenos y hechos lingüísticos. Y así es. Pues «la expresión lingüística» y «la apelación lingüística» son objetos parciales de la lingüística en su conjunto, que, comparados con la representación lingüística, muestran estructuras propias. La lírica, dicho en pocas palabras, y la retórica tienen cada una en sí algo propio, que las distingue entre sí y —para no salirnos de la esfera— de la épica y el drama; y sus leyes estructurales son más notoriamente distintas, naturalmente, de la ley de estructura de la exposición científica. Este es, resumido en los términos más sencillos, el contenido de la tesis de las tres funciones del lenguaje. Quedará comprobada en su totalidad cuando se escriban los tres libros sobre el lenguaje que el modelo de *órganon* requiere.

Scanned by CamScanner